

Manuel Soriano

Nueve formas de caer

Dos

Fogwill hace su entrada al auditorio mayor del Centro Cultural España de Montevideo para dar una conferencia titulada Ahora hablemos de mí. Baja por el pasillo con dificultad, rodeado de gente y quejándose de algo a un hombrecito de traje negro que parece un gestor cultural. Lleva la barba blanca y mal cortada, una campera demasiado grande, un suéter con cuello de tortuga y un gorro de lana; casi todo en distintos tonos de gris y marrón. Daría la imagen perfecta de un pordiosero si la mayoría de los espectadores no lo mirara con recelo o reverencia. Hace unos segundos se sentó una chica hermosa en la butaca de atrás. No pude verle la cara, porque atravesó la fila de espalda al escenario y un mechón de pelo castaño le cubría el perfil izquierdo, y tampoco pude valorar su cuerpo, la ropa de invierno caía pesada y sin forma, pero de alguna manera pude notar que era hermosa. Fogwill sube al escenario y se acomoda detrás de una mesa transparente, solo, sin sacarse el gorro de lana. Calculo que puedo estar tapando la visión de la chica: su butaca no está exactamente a mi espalda sino un poco hacia la derecha, de modo que se podría trazar una línea oblicua entre los tres puntos: Fogwill en su altar, yo y ella. Me doy vuelta, le pregunto si la estoy tapando, y mientras voy diciendo las palabras compruebo que de hecho es hermosa, una belleza clásica y proporcionada, con los labios llenos, los ojos marrones sin maquillar, y una piel suave y cetrina que me hace pensar en la posibilidad de una isla griega.

—Por lo que hay para ver —dice, pero hay algo juguetón en las palabras, algo que no es exactamente ironía, pero que invita a no tomar en serio su respuesta.

Antes dije lana pero es probable que el gorro esté hecho de alguna imitación sintética. Parece uno de esos gorros que venden en la calle: fibra acrílica y alguna reminiscencia incaica. Lo lleva a medio poner: una arista de lana o símil lana no entra en contacto con el cráneo y queda sobrando, un poco fofa, como la puntita del forro donde van a parar las secreciones. Da la impresión de no haber tenido la fuerza para encasquetarse el gorro hasta el fondo, como corresponde, aunque esto implicara la ñoñería de un dobladillo para dejar los ojos al descubierto. Su voz, sin embargo, es cruda y potente, y corta el aire de la sala.

—El chiste es la palabra ahora, lo único que hice en mi vida es hablar de mí —dice Fogwill y algunos se ríen.

Empieza a hablar de él y puedo mantener mi atención en sus palabras y en las reacciones del público durante cinco minutos antes de volver a pensar en el gorro. Si pudiera tocarlo, sentirlo entre la yema del índice y el pulgar, podría saber de qué material se trata. Desde donde estoy, a unos quince metros, es imposible saber, ya que las imitaciones son cada día mejores, al menos en cuanto a lo estético. Lo sé porque llevo la mitad de mi vida en el negocio de las telas, en una tienda sobre la calle Río Branco que mi abuelo (armenio) dejó a mi padre y que mi padre (armenio) legó para mí hace ya doce años. Es un negocio noble y lucrativo, no me puedo quejar, salvo por el nombre que, como poeta, me resulta agravante: Rebuscátelas, una cosa desgraciada de por sí, que como todo juego de palabras se vuelve aún más ordinario con la repetición, cada vez que lo digo para atender el teléfono, cada vez lo leo en el cartel, por las mañanas, al levantar la persiana metálica.

Siento un leve roce a la altura de los omóplatos. La chica hermosa de atrás está acomodando su saco en el respaldo de mi butaca. Lo hace sin pedir permiso. No hubo pregunta de cortesía y decido tomar esto como una señal de complicidad. Es un saco de paño negro de excelente calidad, lo toco, probablemente sea importado y tenga más de cuarenta años de vida. Pienso que podría decirle algo sobre el saco, tratar de adivinar su origen, pero una risa molesta corta mi pensamiento. Viene de las primeras filas, una y otra vez. La chica hermosa de atrás resopla y yo chasqueó la lengua para demostrarle que podemos despreciar las mismas cosas. La risa es irritante por el sonido y por la constancia. Fogwill se lo hace saber.

—Qué simpática esa risa cantarina —dice y la imita sin necesidad de exagerar para que resulte burlón.

En el centro exacto de la sala hay un grupo de españoles. Unos son de la fundación que patrocina el festival. Otros son escritores; trato de identificarlos pero me doy cuenta de que no conozco ningún escritor español que no haya muerto hace más de cincuenta años. Sin embargo, un colega, con esto quiero decir un poeta, que compartió conmigo la jornada de lectura de la noche anterior, me dijo que eran escritores importantes. Fogwill debe saber quiénes son, no sé si cada uno de ellos, pero sí quiénes son como conjunto, porque desde hace rato viene despotricando contra el festival y la organización y algunas editoriales españolas, y lo hace de forma artera, buscando una reacción. Hubiera seguido haciéndolo de no ser porque una mujer se puso de pie y le recriminó a los gritos que la había dejado plantada en el puerto de Punta del Este hacía treinta años. Fogwill se saca los lentes y achina los ojos para verla mejor: es una mujer de su edad, quizá un poco menor, rubia, con calzas de tigre y el rostro desfigurado por las cirugías. Se nota, a pesar de todo, que alguna vez fue una belleza,

y no me cuesta imaginarlos navegando, él de bata y ella de bikini, jóvenes y briosos, tomando un gin tonic en un velero de los años setenta. Imagino el velero de Japonés, el lechón en el congelador, los interiores en madera y terciopelo bordó, aunque en realidad no me acuerdo si el cuento hace alguna referencia a la decoración interior.

En esos cuentos como Japonés —más viejos que yo y que la historia de amor y abandono que esta mujer alega— está el Fogwill que me había golpeado. Su nombre apareció un poco tarde en mi vida. Cuando lo busqué en Internet, los artículos que encontré me decían que ya tendría que haberlo leído hacía tiempo, y que era un imbécil si no me unía a su culto, y que probablemente ya fuera demasiado tarde para modificar mi condición de imbécil. La imposición me molestó y decidí no hacerle caso, pero el nombre me siguió acechando: aparecía en suplementos culturales, revistas, comentarios de amigos. Fogwill. Me preguntaba por qué lo veía por todos lados si un mes atrás nunca lo había oído nombrar, como si esa primera vez que escuché su nombre —por la radio— hubiera activado en mí la capacidad de notarlo, un capacidad que antes no tenía, y que de pronto surgió de manera mágica y desmesurada. Pude resistirme un tiempo, hasta que un mediodía, cuando la tienda descansaba, puse su nombre en Google y empecé a buscar —tuve la misma sensación de vértigo y regocijo que cuando busco pornografía— y por fin terminé en un blog donde pude leer de corrido Muchacha Punk y La chica de tul de la mesa de enfrente. Una vez terminados, me dije en voz alta que eran los mejores cuentos que había leído en mi vida. Ahora que lo pienso ese calificativo es un poco infantil, pero sin duda fueron los cuentos que más me afectaron. Recuerdo que salí a la vereda a fumar y me dieron ganas de prenderle fuego a todo, ver las telas ardiendo, llamas rojas, azules y amarillas comiendo la estructura del local, y me dieron

ganas de viajar a Londres y enamorarme de una mujer desgarradora, y por sobre todas las cosas me dieron ganas de escribir, de sentarme a la máquina y tratar de escribir un poco mejor.

Los españoles se están yendo. No sé cuál habrá sido el detonante porque estaba pensando en otras cosas y Fogwill desde hace rato viene jodiendo con asuntos como la pedofilia, el Frente Amplio y la inteligencia del público, pero lo cierto es que los españoles se están marchando en bloque, como en una retirada militar.

Fogwill los mira, alborozado.

—Suelo dejar vacía la sala. Los que quieren irse, váyanse por favor —dice.

Hay silencio en el auditorio y dos personas mayores, que no pertenecen al grupo de los españoles, también se retiran. Todo parece una ampulosa puesta en escena: Fogwill en el rol del genio atormentado y provocador (algo para Jack Nicholson, o quizá mejor Geoffrey Rush) y los españoles como los representantes del status quo académico (papeles reservados para actores sin nombre, como los viejos de la clase alta judía que se escandalizan cuando Baby Houseman se frota contra Patrick Swayze en el baile de Dirty Dancing). Otra cosa sucedió sin que me diera cuenta: Fogwill se sacó el gorro. No sé dónde lo habrá puesto, no está la vista, quizá esté hecho un bollo en el bolsillo de la campera. Tiene más pelo de lo que imaginaba, un poco menos blanco que la barba.

Siento mi celular vibrando contra el muslo en el bolsillo delantero del pantalón. Es un mensaje de mi mujer: dice que las mellizas están durmiendo y me pregunta si ya le pude dar la novela. Recorro la forma rectangular del libro en el bolsillo interior de mi campera. Mi mujer quería que me pusiera la campera nueva que me había regalado, muy abrigada, con forro de cordeiro y recubrimiento de goretex, y tuve que inventarle

una excusa porque no podía decirle la verdad: que había elegido esta campera por el tamaño del bolsillo interior, para no tener que llevar mi libro en la mano a la vista de cualquiera.

Fogwill amenaza con recitar su Llamado por los malos poetas en una versión sin censura. Me alegro de que no lo haga, no me gustan esos versos. Quiere hablar, reclama preguntas, necesita que alguien le siga el juego pero el público se ha quedado sin reacción. Entonces da por terminada la conferencia y empieza a bajar del escenario. La chica hermosa de atrás se pone de pie, retira el saco de mi butaca sin mirarme y se dirige hacia la salida. Compruebo, otra vez, la existencia de mi libro en el interior de la campera. Fogwill está rodeado de gente, casi no puede avanzar, y no me animo a abordarlo. Lo sigo hasta el baño y lo espero afuera. Cuando sale, otra vez, la gente lo empieza a rondar. Decido esperar a que pase el clamor inicial. Entro al baño, me encierro en un cubículo y me siento en el inodoro. Tomo la homeopatía, seis gotitas debajo de la lengua, y saco mi libro: Manar dril, mi primera novela. La prosa poética de..., dice el prologuista, aunque sería más atinado decir la prosa de un poeta, el lenguaje que se necesita para hablar de las telas y los sueños. Tuvo cierto éxito cuando salió pero no es un libro para cualquiera, de eso estoy seguro, va a demorar en encontrar sus lectores. Hace días que vengo pensando en la dedicatoria. No quiero nada adulatorio, sospecho que a él no le gustaría, pero algo hay que poner, algo que lo impulse a leer la primera carilla.

Unos tipos entraron a mear. Por lo que puedo escuchar parecen jóvenes y argentinos y hablan de Fogwill como si lo conocieran personalmente. Dicen que los del festival lo pusieron en un hotel de mierda, que tiene que dormir con el gorro puesto para no morir de frío y que no puede usar el baño por la falta de calefacción.

—Ayer lo vi meando acá, tiene un buen pedazo.
—Habría que hacer un libro que registre los pedazos de los escritores.

—Dicen que E.T.A. Hoffmann era muy vergudo.

—Y Petrarca.

—Y Reinaldo Arenas.

—Y que el gordo Flaubert la tenía chica.

—Y Georgie ensimismada.

Siguen con la lista mientras se retiran y vuelvo a pensar en la dedicatoria. No puedo perder más tiempo: pongo mi mail y una referencia al frío que cala los huesos. Cuando salgo descubro que no queda casi nadie. Busco en el auditorio y en la cafetería pero solo encuentro empleados ordenando. Todos se han ido demasiado de prisa. Salgo a la calle, hay gente fumando, unos diez o doce, y ninguno es Fogwill. Logro identificar las voces de los argentinos que estaban en el baño. Hablan de ir a una fiesta en la casa de una amiga y se largan a caminar en dirección al Mercado del Puerto. Los sigo tres cuadras hasta que se detienen en un bar y se sientan los dos solos a una mesa. Espero unos minutos, hasta que el mozo les trae dos copas de vino tinto, y vuelvo al Centro Cultural España. Ahora quedan tres personas: son los españoles que se habían retirado de la sala, una parte del grupo. Uno de ellos está fumando y aunque tengo un encendedor azul en el bolsillo me acerco y le pido fuego. Enciende mi cigarrillo y hablamos de Fogwill. No parecen enojados, y si lo están lo disimulan bastante bien. El más veterano dice que a esta altura de la vida no tiene porqué soportar el maltrato de nadie, por más genio que se diga que es.

—Lo peor en estos casos son los imitadores, los fogwillcillos —dice el más joven.

—Sí, están por todas partes, como los aspirantes a Doctor House. La semana pasada fui al hospital y un médico me quiso humillar con sus preguntas ácidas

y comentarios vejatorios, y al final me diagnosticó un resfrío y me recomendó dos días de reposo.

Mi anécdota es falsa, por supuesto, pero los españoles se ríen con ganas, y ese aval me da ánimo para presentarme, decirles mi nombre y que también soy escritor. Siento, a pesar del frío, que la charla puede continuar. Les pido que me recomienden algún escritor español contemporáneo, y el más joven, al que ya asigné la condición de periodista cultural, saca dos libros de su morral de cuero y me los pasa.

—Tenéis en vuestras manos lo mejor que se ha publicado en España en lo que va del siglo —dice.

—El Curro siempre tan exagerado —dice el veterano y el tercero se ríe.

Entiendo que se trata de ellos y lo confirmo con las fotos de las solapas. El libro del veterano es de Editorial Anagrama. Se los devuelvo y digo que los voy a procurar. Ya decidí darle mi libro a alguno de ellos pero todavía no sé a quién. Descarto primero al escritor de la editorial que no conozco. Luego al periodista, su morral ya tiene demasiada carga. Le doy mi libro al veterano.

—Manar dril —dice y lee la dedicatoria—. Es muy cierto: hace un frío que cala los huesos.

Quiero contarle de qué se trata la novela pero el otro escritor está parando un taxi. El veterano agradece el libro y me asegura que lo va a leer con gusto. Le digo que en la primera página está escrito mi mail, se lo deletreo por si no se entiende la caligrafía, y los españoles se van en su taxi.

No queda nadie en la calle Rincón. Por un momento pienso en mi mujer y en las mellizas durmiendo y en lo mucho que las quiero. Me doy cuenta de que no le respondí el mensaje de texto. Vuelvo a leer su pregunta. Decido eliminar el mensaje y hacer de cuenta que nunca llegó. A pesar del frío y la hora, no quiero volver a casa. Enciendo un cigarrillo y me largo a caminar sin una

dirección precisa. ¿Qué hotel puede ser tan pobre como para que no le funcione la calefacción en pleno invierno? Por la plata que han gastado en la organización, tiene que ser un hotel de al menos cuatro estrellas. Hago una lista mental de los que conozco por la zona. Es imposible que un hotel así esté sin calefacción. Quizá sea únicamente la calefacción de su cuarto que falla, y no la pueden arreglar, y no lo pueden cambiar de habitación porque el hotel está lleno a raíz del festival. De todas formas este asunto me resulta raro. Estoy por llegar al Teatro Solís, queda lindo de noche con esa luz roja que le pusieron encima. Creo que hay un hotelito en la esquina, cerca de la calle de los bares. Sería lógico suponer que Fogwill está en el mismo hotel que los españoles, pero no llegué a escuchar la dirección que le dieron al taxista, y de todas formas, si tomaron un taxi significa que el hotel no queda tan cerca como para llegar caminando. Aunque quizá los españoles no fueron al hotel, pueden haber ido a comer algo o a tomar unas copas. Si ese fue el caso, podrían haberme invitado. Si yo estuviese en el extranjero y me encontrara con un colega local, lo más lógico sería aprovechar su compañía, aunque sea por curiosidad o para conocer de primera mano los secretos de la ciudad. Entonces los veo, fumando, en la puerta de una parrilla: la chica hermosa y Fogwill y un hombre morocho de unos cuarenta años. Cuando terminan el cigarrillo vuelven a entrar y me quedo esperando en la vereda de enfrente. Llevo mi mano al bolsillo interno de la campera aunque sé que el libro ya no está ahí. Si tuviera media hora podría ir a mi casa a buscar otro, pero correría el riesgo de que se fuera. O, mejor, podría ir al negocio de las telas, hay un libro en mi escritorio y tengo las llaves encima. De esa forma reduciría el riesgo, son apenas diez minutos, siete si apuro el paso. Puedo entrar a la parrilla, ver en qué etapa de la comida se encuentran, y en base a eso deducir si tengo tiempo de ir y volver.

Es una buena idea pero están saliendo, la muchacha hermosa primero, alguien le abre la puerta, luego otra mujer, tres hombres, y Fogwill. Me escondo en la entrada de un edificio de oficinas que están reciclando. Cuando llegan a la esquina empiezan a despedirse. Me imagino que Fogwill se irá con la chica hermosa y en ese caso sería imposible abordarlo. Tengo un segundo para pensar en las mellizas: en cómo se niegan a dormir si no les doy un beso en la frente antes de apagar la luz. Se aferran a los barrotes de la cuna y aunque no saben hablar reclaman su beso convencidas de que es algo significativo, y a mí se me hinchan los ojos, como me pasa ahora, por la mera idea de sentirme necesario. Para mi sorpresa, el resto del grupo camina en dirección a la Plaza Independencia y Fogwill viene hacia mí, solo. Le cuesta caminar, ahora sí lleva el gorro enterrado hasta el fondo y el mentón escondido en el cuello de la campera. Está a veinte metros y más que nunca parece un pordiosero. Le faltaría un perrito sin raza mordiéndole los talones para redondear la imagen. Cuando se acerca, sin embargo, veo que tengo que cambiar la palabra: no es exacto decir pordiosero. Hay algo en su expresión que no se condice con la de alguien que pide por Dios. Debería decir clochard, o alguna otra expresión extranjera que me dé una idea de suficiencia. No hay nadie más en la calle, el grupo que lo acompañaba ya se perdió de vista.

—Fogwill —digo.

Frena y me mira a los ojos. Le digo que estuve presente en su charla y me pregunta si no tenía nada mejor que hacer con este frío.

—Tengo un libro para darle.

—Me encanta que me regalen libros en la calle —dice y suena a la vez honesto e irónico.

Se queda esperando mientras simulo buscar el libro. No puedo contarle la historia de los españoles. Pienso en decirle que la novela se llama Manar dril y

puedo imaginar su voz sentenciando que es un título de mierda. Lo mejor sería acompañarlo hasta el hotel y llevársela el día siguiente. Le alcanzaría con leer la primera carilla para saber lo que vale. Meto la mano en el bolsillo interno de la campera y siento con los dedos el contorno del frasquito marrón de la homeopatía. Lo miro a los ojos y Fogwill levanta las cejas y hace un gesto que le tengo visto en algunas fotos. Está por perder la paciencia cuando le pregunto si puedo tocar su gorro, y antes de que responda ya tengo mi mano en su cara y puedo sentir la lana suave entre la yema del índice y el pulgar. Nos quedamos así unos segundos. Un guardia de una empresa de seguridad nos está mirando a unos metros. Es un hombre negro de unos cincuenta años, con un uniforme marrón y amarillo. La casilla que ocupaba tiene la puerta abierta y por su posición tiene que haber visto todo. Fogwill tiene la respiración entrecortada y emite un silbido desde el fondo del pecho, un pitido agudo de cigarrillo que se asemeja al llanto de un perro y al sonido que hacía mi padre cuando se echaba a dormir la siesta en el depósito del local. Fogwill se da dos disparos con un inhalador verde que saca de la campera y recupera el aire. Luego mira al guardia, me mira a mí, y sigue su camino sin decir nada. Lo veo de espaldas, alejándose.